Un niño juega con una bandera china durante las celebraciones del Día Nacional, el pasado 6 de octubre.

CHINA

El despertar del gigante

58.
La terrible política de Mao
Mateo Ballester

65.
A caballo de la Revolución Cultural
Antonio Elorza

72.
El renacer del dragón
Felipe Sahagún

Con más de 1.300 millones de habitantes, el segundo producto interior bruto después de EE UU y uno de los mayores índices de crecimiento, China ha soltado el lastre del maoísmo e irrumpe con fuerza en el panorama internacional con una vía propia al capitalismo, en la que el Partido Comunista no tolera las libertades políticas e ignora los derechos humanos

La terrible política de Mao

DESDE SU TRONO

El *Gran Timonel* impuso el comunismo en China y tras su conquista del poder, en 1949, experimentó sus ideas sobre un pueblo al que causó víctimas y sufrimientos innumerables. **MATEO BALLESTER** recorre los hitos de su labor política declinante hasta su resurrección mediante la Revolución Cultural

El 1 de octubre de 1949, en la plaza pekinesa de Tiananmen, abarrotada por unas cien mil personas, Mao proclamó el nacimiento de la República Popular de China. Con ello, ponía fin a la primera mitad del siglo XX marcada por la inestabilidad, el conflicto armado frente a potencias extranjeras y las guerras intestinas, primero entre los señores de la guerra y, luego, entre el ejército comunista y el nacionalista de Chiang Kai-Shek. La guerra no terminaría propiamente sino hasta un par de meses después. En diciembre, el ejército nacionalista, con varios cientos de miles de soldados, se refugiaba en la isla de Taiwan, proclamada sede, en principio temporal, de la China nacionalista.

Mao cabalga rodeado de un puñado de guerrilleros en Shengzi, al comienzo de la guerra civil en China.

Atrás quedaban décadas de guerra civil. Desde 1937, ésta se había desarrollado en paralelo con la lucha de los dos ejércitos, el comunista y el nacionalista, frente al invasor japonés. Para algunos autores, una de las claves del éxito de Mao residió precisamente en dejar que el ejército de Chiang Kai-Shek se desangrara en la lucha de liberación nacional, afianzando su poder y ahorrando energías y material de cara a la lucha final que había de suceder cuando concluyera la II Guerra Mundial.

El propio Mao, *el Gran Timonel*, explicó cuáles eran sus prioridades durante la guerra: "En un 70 por 100, incrementar nuestro poder, en un 20 por 100, resistir al Kuomintang, y, en un 10 por 100, luchar contra Japón". La desigual participación en la que se tradujo la guerra civil, con una China continental comunista y la China nacionalista afincada en Taiwan es, con la de Corea, la última división interna que hoy perdura como resultado de la Guerra Fría.

En su calidad de jefe de Estado, Mao se instaló en Zhongnanhai, un complejo residencial adyacente a la Ciudad Prohibida, morada de los antiguos emperadores chinos, de cuya herencia, en repetidas ocasiones, se presentó como sucesor. Los perfectamente orquestados vítores de la multitud en la proclamación de la República Popular, deseando diez mil años al presidente Mao, delataban un enlace implícito, ya desde el primer momento, de la figura del *Gran Timonel* con la simbología que en la China imperial rodeaba al *Hijo del Cielo*.

Hacia el paraíso

En su discurso de la Plaza de Tiananmen, expuso un mensaje de unidad y armonía: "Nosotros, los cuatrocientos setenta y cinco millones de chinos, nos hemos alzado y nuestro futuro resplandece sin límites". Pero el camino al paraíso se revelaría costoso. Algunos de los planes de transformación profunda del país diseñados por Mao en esos años están en la base de la actual pujanza económica del país. Otros desembocaron en estrepitosos fracasos. En cualquier caso, se llevaron a efecto con la megalomanía que había caracterizado a los grandes emperadores, insensible ante las enormes pérdidas humanas, a menudo cuantificables en millones de vidas, derivadas de los desajustes planteados.

El proceso de construcción del socialismo se hizo con la mirada puesta en el modelo del "hermano mayor" soviético.

MATEO BALLESTER es profesor de Ciencia Política en la U. Complutense, Madrid.

Cartel de propaganda exaltando el culto a Mao, quien desde la toma del poder se rodeó de la simbología de los emperadores (cortesía de Editorial Taschen).

Chiang Kai-Shek inspecciona un grupo de cadetes en la apertura de una Academia Militar en Taipei, último reducto de los nacionalistas.

El lema del momento era "Lo que hoy es la Unión Soviética, mañana lo será China". Esta influencia se hizo particularmente notoria en la estructuración del Partido Comunista Chino una vez asumido el poder, que reprodujo fielmente la organización del PCUS y, como éste, concentró en su seno todos los poderes, convirtiéndose en una institución omnipresente en todas las esferas de la vida pública.

La sovietización en el plano socioeconómico fue particularmente intensa a partir de 1953, con el inicio del Primer Plan Quinquenal, que intentó acelerar las transformaciones hacia el socialismo. Los años previos, marcados por una actitud más moderada y pragmática, fueron, no obstante, aquellos en los que el nuevo sistema cosechó sus mayores éxitos. Esto ocurrió en relación al desarrollo industrial, que se benefició de la experiencia y los métodos de una burguesía a la que, provisionalmente, se había integrado en el sistema, pero sobre todo en la transformación del campo.

La primera fase de reforma agraria, de expropiación de la tierra a los terratenientes y de su reparto entre los campesinos, tenía un objetivo más igualador que colectivizador. De ella surgió una gran masa de pequeños propietarios, que cultivaban con muy buenos resultados la tierra que les había sido entregada, y aportaban al Estado un 20 por ciento de la cosecha. El beneficio político de esta medida fue doble para el nuevo régimen: le granjeó una amplia base de apoyo popular y eliminó un importante soporte del sistema anterior, los terratenientes, que fueron eliminados de forma expeditiva.

Chu En-Lai, por entonces primer ministro y titular de Asuntos Exteriores, reconoció, en 1976, que el proceso de confiscación de tierras y castigo de terratenientes acusados de contrarrevolucionarios supuso la muerte de unas 840.000 personas. Las cifras reales oscilan probablemente entre uno y tres millones de muertos. Mao se cuidó de que estos juicios del pueblo y las posteriores ejecuciones fuesen protagonizados por los propios campesinos, con el fin de que quedasen plenamente implicados en el proceso revolucionario.

El acceso a la propiedad colmaba las aspiraciones de la inmensa mayoría del campesinado, de forma que la segunda fase de la reforma agraria, que implantó desde 1953 la colectivización obligatoria, sólo pudo implantarse mediante duras medidas coercitivas, ante el descontento y la masiva desobediencia del campo.

La expansión

Cuando se proclamó la República Popular China, Mao era un hombre de 56 años, que había pasado los últimos veintidós luchando. La guerra marcó profundamente su vida y estuvo en el fondo de todas sus reflexiones. En contraste con el pobre juicio que como político ha merecido de la posteridad, hay un acuerdo bastante generalizado en considerarle como un gran estratega militar, autor de influyentes escritos en este campo. Mao percibe el conflicto militar como el estado natural y esencial de las sociedades, cuyos mecanismos seguían implícitamente presentes en estados de paz. Parafraseando a Clausewitz, con una significativa inversión de los términos, señala que "la política es la prolongación de la guerra por otros medios".

Con el territorio continental de China pacificado y unido, la vocación y el talento bélicos de Mao pudieron concentrarse más allá de las fronteras del país, en forma de planes de expansión territorial y de creación de una esfera de influencia por medio de intervenciones militares directas y entrega de material y adiestramiento a sus aliados.

En 1950, tropas chinas invadieron el Tibet, obligando a la teocracia budista del país a aceptar la tutela de Pekín. Se inició así un proceso de tensa cohabitación que desembocó en la rebelión tibetana de 1959. La brutal reacción china supuso la huida del Dalai Lama y su exilio en la India, con el consiguiente deterioro de las relaciones chino-indias, y el control directo del Tibet desde Pekín.

En 1953, China se aupó como la vencedora moral en la Guerra de Corea, al forzar a las tropas de la ONU, mayoritariamente estadounidenses, a abandonar el territorio norcoreano y a aceptar la partición del país en torno al paralelo 38, que ya era la frontera existente antes de la invasión del sur por las tropas norcoreanas.

Inicialmente, Mao no era partidario de una escalada militar en la vecina península de Corea porque, sin duda, suscitaría el incremento de la presencia norteamericana en la región y eso obstaculizaría sus planes de conquistar Taiwan. Sin embargo, una vez iniciada la guerra con el apoyo de la Unión Soviética a los comunistas norcoreanos, China prestó una inestimable ayuda a Kim il-Sung. Las tropas chinas que combatieron en Corea lo hicieron formalmente como ejércitos de voluntarios, con el fin de que su presencia allí no fuese interpretada como una participación oficial de Pekín en el conflicto.

Primeros reproches

La cooperación ente China y la Unión Soviética en este conflicto estuvo lejos de ser ejemplar; Stalin, instigador de la agresión norcoreana, había dejado al país a su suerte tras la contraofensiva de MacArthur que ocupó gran parte del norte. Desde China se supuso que los soviéticos estaban entregando equipos de baja calidad a los norcoreanos y que, a la hora de cobrarlos, mostraban poca solidaridad y espíritu internacionalista. Se inició en ese punto el proceso de deterioro de las relaciones chino-soviéticas, que habría de acentuarse en años sucesivos.

La victoria simbólica de China tuvo, no obstante, el resultado indeseado que Mao ya había previsto: el reforzamiento del apoyo de Estados Unidos a Taiwan, lo que ha entorpecido hasta la fecha los planes de incorporar la isla al control de la República Popular China.

Mao Zedong en una imagen de 1943. Eran años en los que la influencia de la URSS se reflejó en la forma de organizar el Partido Comunista Chino.

Pasados los años, los juegos de alianzas tomarían los más extraños derroteros, y el progresivo deterioro de las relaciones entre la URSS y China llevaría a un gradual acercamiento de ésta a los Estados Unidos. El giro diplomático quedó certificado en 1972, con el histórico viaje de Nixon a Pekín.

¡Que se abran cien flores!

A finales de 1956, partiendo del reconocimiento de que el nuevo régimen comunista, sus radicales transformaciones, y la forma de aplicarlas, no eran bien recibidos por una parte de la sociedad chi-

ÉXITOS Y ERRORES

En marzo de 1949, Mao formuló un principio recogido quince años más tarde en su *Libro Rojo*: "Hay que evaluar en forma global el trabajo de una persona y establecer si sus éxitos representan el 30 por ciento, y sus errores el 70 por ciento, o a la inversa. Si los éxitos llegan al 70 por ciento, el trabajo de esa persona debe ser aprobado en lo esencial".

Esta fórmula de valoración fue profusamente usada por Mao allí donde deseaba hacer un balance positivo, pero la utilizó con reservas si la persona o el asunto le eran indiferentes o pretendía lo contrario como, por ejemplo, en su juicio de la controvertida labor de Stalin.

En forma de dudoso tributo, la fórmula de "70 por ciento de éxitos, 30 por ciento de fracasos" fue precisamente la condescendiente forma en la que Deng Xiaoping valoró la actividad política de Mao tras su muerte. Ésta ha pasado a ser la valoración oficial del Partido Comunista Chino en la actualidad respecto a su antiguo *Gran Timonel*. A la nueva nomenclatura china le hace tanta falta la vigencia del mito de Mao en cuanto pilar de su propia legitimidad, como le estorba la ideología que éste representa.

Mao y el último emperador

En 1964, Mao celebró públicamente el éxito en la reeducación del último emperador, Pu Yi: "Es posible transformar a aquellos que han combatido contra nosotros, los generales del Kuomintang que hicimos prisioneros. Después de su reeducación ya no eran tan opuestos a nosotros. Lo mismo sucede con el emperador que queda de la dinastía manchú. Trabaja actualmente en la Conferencia Consultiva Política Nacional sobre documentos literarios e históricos. Disfruta de su libertad y puede ir donde quiera. Antes, cuando era emperador, sólo tenía una libertad muy limitada… es preciso mantener buenas relaciones con el emperador Siuan Tong (Pu Yi). Luang Siu (el emperador precedente, preso y asesinado por la emperatriz viuda) y Siuan Tong son mis dos predecesores directos. El sueldo de cien yuan entregado a Siuan Tong es demasiado escaso. No hay que olvidar que este hombre es un emperador".

na, Mao Zedong expresó su actitud favorable a abrir un proceso de revisión crítica del sistema. Bajo el lema "Dejemos que cien flores se abran, dejemos que cien escuelas debatan" se animaba a toda la sociedad, y en particular a los intelectuales, a expresar sus opiniones en un ambiente de tolerancia y disposición a la rectificación por parte del poder.

La propuesta ha sido interpretada como un intento por parte de Mao, real o propagandístico, de mostrar la existencia de un espíritu distinto en China del que llevó a las crisis en ese mismo año de Polonia y Hungría, así como a la condena por parte de Kruschov, en el XX Congreso del PCUS, de los excesos del estalinismo (ver "1956, el año del gran miedo", ***La Aventura de la Historia***, núm. 97). La reacción popular inicial fue de prudente escepticismo pero, ante la insistencia y el entusiasmo de Mao durante las semanas siguientes en la defensa de esta campaña, desde la sociedad china empezaron a surgir tímidas voces de moderada reprobación que, a lo largo de 1957, fueron aumentando en número y en profundidad.

Hasta la fecha no está claro si el entusiasmo en la crítica del pueblo chino excedió con mucho las expectativas del *Gran Timonel,* o más bien toda la campaña no era sino una estrategia premeditada para desenmascarar a los elementos desafectos al régimen. El resultado, en cualquier caso, fue que las *flores críticas*, que habían experimentado un crecimiento explosivo, fueron brutalmente segadas, tras ser convenientemente rebautizadas como *malas hierbas venenosas*, en el contexto de la Campaña Antiderechista. Aunque los autores disienten al respecto, un comentario de Mao a los cuadros del partido en el inicio de la campaña invita a decantarse por la opción de que todo el proceso respondía a un plan orquestado desde el principio: "Esto no es como preparar una emboscada para el enemigo, sino más bien se trata de dejarle caer por sí mismo en el lazo".

La subsiguiente campaña de rectificación supuso para más de medio millón de personas, que se habían mostrado críticas con el régimen, o que se consideraron sospechosas de serlo, la inhabilitación en su trabajo, su encarcelamiento o el envío a remotos campos de reeducación. Hasta entonces, el régimen había eliminado a sus enemigos acusándoles de explotadores o contrarrevolucionarios. Los condenados en esta ocasión lo fueron exclusivamente por sus ideas. Por entonces, aumentó y se consolidó la red de campos de reeducación, los *laogai*, que eran en realidad campos de trabajos forzados en condiciones inhumanas, en la tradición soviética del *gulag.*

El Gran Salto Adelante

Aunque imitando sus métodos represivos, el sistema chino se había ido distanciando de la Unión Soviética, especialmente tras el acceso de Kruschov al poder. La visión que Mao ofreció de Stalin era de crítica moderada, pero de aceptación general de la persona y su pensamiento. En cambio, el juicio que dedicó a Kruschov fue crecientemente negativo, especialmente tras su condena del estalinismo, en el XX Congreso del PCUS, en 1956, considerada por Mao como una traición al marxismo-leninismo. El progresivo distanciamiento respecto a los revisionistas soviéticos llevó a Mao a abandonar su papel hasta entonces subordinado, y a postularse como representante y principal figura del verdadero comunismo. Había nacido el maoísmo como ideología política de alcance universal.

Campesinos de la Comuna de Yenan recogiendo la cosecha de trigo. La política del *Gran Salto Adelante* fue desastrosa para el campo.

Cartel de exaltación del *Libro Rojo* durante la Revolución Cultural. La campaña colocó la lealtad a Mao por delante de la debida al Buró Político.

El Pensamiento de Mao Zedong, como se le conoce en China, se presentaba como el legítimo continuador del marxismo-leninismo, pese a que revirtiera totalmente la idea del proletariado urbano como sujeto central de la revolución, para presentar al campesinado como un sujeto revolucionario de primer orden. De hecho, tanto el Ejército Rojo como las guerrillas maoístas posteriores, desarrollaron en todo el mundo la estrategia de ganar primero el campo, para luego asfixiar y conquistar las ciudades.

Durante unos años, no obstante, las tensas relaciones con la Unión Soviética quedaron camufladas bajo la fachada de un espíritu solidario y de sana emulación entre los países comunistas frente al mundo capitalista. En un discurso en Moscú, en octubre de 1957, en los actos de celebración del cuarenta aniversario de la Unión Soviética, Kruschov anunció, en la eufórica atmósfera que había creado el lanzamiento del *Sputnik* un mes antes, que la URSS sobrepasaría en quince años a los Estados Unidos en producción de acero, hierro, energía eléctrica y otros muchos productos esenciales. Mao, también presente en ese acto, anunció que, en ese mismo plazo, China superaría a Gran Bretaña.

Las medidas concretas para conseguir este objetivo no se hicieron esperar. En 1958, como parte del Segundo Plan Quinquenal, Mao formuló el proyecto del *Gran Salto Adelante.* La expresión se ha convertido en un triste sarcasmo, a la vista de las catastróficas consecuencias que las nuevas medidas tendrían para la población china.

Trigo y acero

Ante la imposibilidad de cumplir su reto en el plano de lo real, Mao se centró en lo simbólico. En lugar de percibir el aumento de la producción de acero y grano como un dato más del desarrollo material de una sociedad, se obcecó obsesivamente en alcanzar rápidamente cifras propias del mundo industrializado en esos dos únicos aspectos.

En un clima de frenética movilización colectiva para cumplir a toda costa las inverosímiles cuotas de producción programadas por Mao, los poderes locales terminaron por expropiar todo objeto de acero o de cualquier metal que encontrasen. Profesores, funcionarios y gentes de todas profesiones hasta un total de noventa millones, una cuarta parte de la población activa, dejaron sus tareas habituales para encomendarse a la imperiosa exigencia nacional de producir acero, con los evidentes perjuicios para el resto de la actividad del país.

Por añadidura, el sistema de producción, basado en una red de pequeños e inadecuados altos hornos, en los que a menudo se mezclaban los metales más diversos, producía un acero de ínfima calidad y, en gran medida, inservible.

Los planes chinos de desarrollo se vieron ulteriormente entorpecidos por la oficialización, en 1960, de la ruptura con la URSS –Mao llegó a tildar a los nuevos dirigentes soviéticos de social-fascistas–, que se expresó en la cancelación de todos los acuerdos de asistencia y ayuda técnica soviética. En pocos días, unos mil cuatrocientos técnicos soviéticos regresaron a Moscú, dejando infinidad de instalaciones y proyectos a medio hacer.

Dos mujeres en una calle de Pekín, en los años sesenta. Al menos 25 millones de personas murieron de hambre por el descabellado proyecto del *Gran Salto Adelante.*

El desastre en el sector agrícola fue aún más dramático. El alcance de la expropiación de metales, que incluía desde instrumentos de cocina hasta azadas y demás utensilios necesarios para la actividad agrícola y el transporte, supuso un serio retroceso en las técnicas de producción agrícola. El sistema de comunas extensas a partir de la unión de numerosas pequeñas cooperativas, que se había puesto en marcha en 1958, y que se expandió con enorme rapidez, supuso la puesta en práctica del ineficaz sistema de trabajo agrícola en masa, como medio de aumentar la producción sin importar maquinaria pesada. Campañas como la de acabar con los gorriones que se comían las semillas, acarrearon a su vez plagas de orugas e insectos. La exigencia del poder central de la entrega de desmesuradas cifras de cereal, y el temor de las autoridades locales a represalias en caso de no cubrir esas cuotas, llevaron a éstas a entregar incluso parte de la cosecha dedicada a la subsistencia de los campesinos. A ello se sumó un ciclo de sequías e inundaciones, muy aireado por las autoridades como responsable en parte del fracaso, y cuya incidencia real es difícil de calibrar.

Los datos sobre el número de víctimas resultado de la hambruna que vivió el campo chino en estos años son inciertos, en parte por la prohibición oficial de publicar estadísticas demográficas durante varios años después de 1958. Se calcula, en cualquier caso, que no menos de 25 millones de personas, en su mayor parte labradores, murieron de inanición como consecuencia directa del descabellado proyecto del *Gran Salto Adelante.*

La desesperación generalizada llevó a la rebelión armada de cuatro provincias, a un intenso aumento del bandidaje e, incluso, a episodios de canibalismo. El *Gran Salto Adelante* está considerado como el mayor desastre humanitario de la Historia del país.

Marginación y revancha

El estrepitoso fracaso de la gran apuesta de Mao convulsionó la cúpula del poder político. Amparados en ese masivo descontento, un grupo de dirigentes, entre los que destacan Liu Shaoqui y Deng Xiaoping, aprovecharon en enero de 1962 una masiva reunión de miembros del Partido para desplazar al *Gran Timonel* de la jefatura del Estado, que fue a parar al propio Liu Shaoqui. Mao mantuvo el cargo de presidente del Partido Comunista Chino, y su imagen pública de cara al exterior no quedó deteriorada, al explicarse el cambio como realización del deseo del propio Mao, expresado en repetidas ocasiones, de retirarse a un segundo frente.

Mao asumió una cierta responsabilidad por el fracaso, si bien en una formulación que diluía la culpa al hacerla extensiva a todos los cuadros del partido. A sus setenta años, el *Gran Timonel* parecía entregar el mando a dirigentes más pragmáticos para iniciar una fase final de semirretiro de la vida política activa. Marginado en la nueva estructura de poder, que le encumbraba en lo simbólico al tiempo que le apartaba del ejercicio efectivo del poder, Mao supo, no obstante, maniobrar inteligentemente desde su nueva posición para terminar retomando las riendas del Estado.

En 1962, Mao propuso crear el Movimiento de Educación Socialista, que desde el inicio se convirtió en una organización dedicada al culto a su fundador. La figura del presidente se rodeó de un aura cada vez más mítica y venerable entre la población china. Sus retratos pasaron a ser omnipresentes en el paisaje urbano y rural chino y se exacerbó la tendencia a acompañar su mención de las más encomiásticas expresiones, tales como *Sol Rojo de nuestros corazones* y *Salvador del Pueblo.*

La publicación en 1964 de las *Citas del presidente Mao*, el pequeño *Libro Rojo*, un texto para la indoctrinación del ejército y que los miembros del partido debían llevar obligatoriamente siempre consigo, que pronto se publicaría por decenas de millones, fue el elemento que faltaba para situar en el imaginario popular la lealtad a la figura de Mao por encima de la debida a los miembros del Buró Político. Apoyado en su inmenso prestigio popular, Mao consiguió, mediante una calculada movilización de las masas indoctrinadas, recuperar la autoridad absoluta y tomar cumplida venganza de quienes unos años antes le habían humillado y desplazado del poder.

Si en su momento la población rural había sido la principal damnificada por el *Gran Salto Adelante,* en este nuevo paisaje fue la población urbana la que, de manera preferente, sufriría la embestida de la Revolución Cultural que, de paso, con su admonición a sustituir lo nuevo por lo viejo, arrasó con buena parte del legado histórico y cultural del país. ■

El escarnio público de los "enemigos del pueblo" fue parte de la "estética" de la Revolución Cultural, una maniobra de Mao para recuperar el poder.

A caballo de la Revolución Cultural

El regreso de Mao

Mao trató de crear una sociedad igualitaria, en permanente estado de movilización. La Revolución Cultural fue una herramienta del intento. Pero el fracaso de su proyecto permitió que se afianzara la corriente pragmática del Partido Comunista, sostiene **Antonio Elorza**

Nadie ha reflejado mejor los contenidos de la Revolución Cultural china que el cineasta Joris Ivens en su extenso documental… *Y el viejo Yugong movió las montañas*. Se trata de una película hoy imposible de encontrar, tal vez nunca proyectada en España, que en seis episodios narra el funcionamiento del proceso revolucionario en distintos ámbitos de la vida china, desde el ángulo de los participantes en la misma: en el ejército, en una farmacia, en la agricultura… Ivens quiere transmitir una imagen del todo favorable, pero el espectador difícilmente puede sustraerse a la impresión de que esos farmacéuticos cultivando zanahorias al mismo tiempo que los agricultores se ocupan de los medicamentos, son la expresión de una utopía igualitaria que, llevada a la práctica, debía provocar inevitablemente una desorganización general de la vida económica.

Antonio Elorza es catedrático de Historia del Pensamiento Político, Fac. de Ciencias Políticas, U. Complutense, Madrid.

Los jóvenes **Guardias Rojos** purgaron a todos los dirigentes considerados revisionistas.

Y, como suele suceder con la instauración de *paraísos sobre la tierra*, detrás de los rostros felices y de los cantos a la armonía social tenía que hallarse un ejercicio sistemático de la violencia. Tal y como de hecho sucedió en el curso de la Revolución Cultural en China y, de forma todavía más trágica, en sus secuelas, el régimen genocida de los Jemeres Rojos en Camboya y la guerrilla de Sendero Luminoso en Perú.

La historia de Yugong, apólogo ejemplar de Mao, que vino a constituirse en emblema del pequeño *Libro rojo*, la famosa recopilación de *Citas del presidente Mao* en 1966, constituía una exaltación del voluntarismo revolucionario. Por encima de todos los obstáculos previsibles, al igual que el viejo testarudo que se empeñó en mover la montaña, el Partido Comunista Chino –esto es, Mao– decide allanar las montañas que se le oponen, aunque sea a golpes de pico. En el relato, los ángeles vinieron a ayudar a Yugong para que acabase su obra. Un marxista como Mao hubiera debido saber que los ángeles no existen y que las falsas creencias sólo pueden provocar desastres para la vida de los humanos.

Los resultados catastróficos del voluntarismo maoísta habían sido ya experimentados con ocasión del *Gran Salto Adelante,* entre 1958 y 1961. El igualitarismo de la colectivización agraria, una planificación delirante en la expectativa de grandes resultados y no menos delirantes medidas arbitrarias, como la utilización de todo metal disponible para la producción siderúrgica, provocaron un desplome de la producción y el hambre generalizada. Eso sí, en Occidente, el desconocimiento de la realidad hizo que muchas miradas se fijasen en el "verdadero comunismo" que despuntaba en China, frente al anquilosamiento burocrático de la URSS. Ese entusiasmo estará en la base del izquierdismo estudiantil europeo de los años sesenta: *La Cina è vicina* proclamaba desde su título la película testimonio de Elio Pietri. Los propios dirigentes chinos, con Mao a la cabeza, aprovecharon la circunstancia para trazar una divisoria infranqueable entre su comunismo, el auténtico, y la degradación revisionista inducida por Kruschov en la URSS.

Mao y Stalin, en 1949. Durante el mandato de Kruschov, Mao se distanciaría de la URSS por su "degradación revisionista".

El revisionismo del 56

El distanciamiento se había iniciado con el XX Congreso del PCUS en 1956: Mao no estaba dispuesto a aceptar la condena del "culto a la personalidad". A lo largo de 1960-62 va gestándose la discrepancia en todos los temas, que estalla definitivamente en 1963: "revolución proletaria" y "revolución nacional" del lado chino; "coexistencia pacífica" del soviético; relanzamiento de la revolución dentro de la revolución, en nombre de una supuesta agudización de la lucha de clases en el socialismo, por Mao, frente a la evolución venturosa hacia el comunismo y el bienestar, alcanzando a los Estados Unidos, descrita por Kruschov. El choque se extiende a las disputas fronterizas que al fin de la década ponen a la URSS y a China al borde de la guerra. El movimiento comunista se escinde y los partidos prochinos alzan la bandera roja del "marxismo-leninismo".

La polémica internacional incidía sobre las tensiones en el interior del comunismo chino, en apoyo de las posiciones radicales del líder supremo Mao Zedong, derrotadas en el terreno de los hechos por el fracaso del *Gran Salto Adelante.* Los mismos dirigentes que habían viajado a Moscú para exponer las tesis chinas, Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, encabezaban por los mismos días un primer intento de evolución hacia un comunismo pragmático, alejando de paso a Mao de la dirección efectiva del país. En un episodio sorprendente, Liu había pedido perdón a los campesinos de su comarca natal por el mal gobierno comunista. Ya en 1949 se había opuesto a la colectivización propugnada por Mao. Presidente de la República desde 1958, Liu publicó *Para ser un buen comunista*, donde criticaba la idea de que "un héroe individual" pudiera dirigir la revolución y proponía que sólo mediante un estudio constante de las experiencias, educándose a sí mismo, puede alguien ser "un buen revolucionario".

Como respaldo de tal idea, cita a Confucio. Menos palabras, más lucha contra la corrupción, será su norte. Bajo el impulso de un equipo dirigido por el propio Liu, Deng y Zhou Enlai, en la política económica, la atención se desplazó hacia la agricultura y la industria ligera, apuntando a los estímulos materiales e incluso a la comercialización. Los buenos resultados tenían que suscitar la desconfianza de Mao, quien a fines de 1962 denunció "el revisionismo chino", émulo del soviético. El principio de la lucha de clases en socialismo sería pronto aplicado a la depuración masiva del partido.

La imagen oficial de la China revolucionaria, en el fotograma de una película de propaganda política.

Fue así como, tras un prólogo de tensiones y de aparente consagración de Mao a la acción cultural, con el apoyo de Jiang Qing, su última esposa, cuando en octubre de 1965 comprueba la oposición de los pragmáticos en el Comité Central a su denuncia del revisionismo, decide pasar a la acción, con la arriesgadísima jugada de una violenta movilización de masas contra el orden establecido y la dirección del PCCh, bajo el lema de: "¡Bombardead el estado mayor!". Fingiendo amistad a quienes serán sus blancos principales, Liu y Deng, Mao les comprometió en los primeros pasos de la maniobra.

En 1965, Mao se propuso recuperar el poder y lanzó una violenta movilización de masas contra el orden establecido

Ante la consolidación del sector pragmático en el partido y el Estado, Mao percibió que sólo mediante un vuelco radical en las relaciones de poder estaría en condiciones de recuperar el mando y de relanzar a fuerza de consignas (y de violencia) su revolución igualitaria. Para ello, contaba con su prestigio intacto y con el carácter totalista de la revolución china, al haber utilizado siempre la movilización de masas, la acción incitada desde arriba del "pueblo", como instrumento para la configuración de un totalitarismo capilar.

En el verano de 1966, la llamada Revolución Cultural es desencadenada bajo el citado lema, a partir del pleno del Comité Central de primeros de agosto. Mao incita a la masa de sus jóvenes seguidores a aniquilar a los dirigentes revisionistas. Es el protagonismo de los Guardias Rojos. A fines de 1966, sólo figuran en el vértice del PCCh los fieles a Mao, envuelto por los turiferarios en una atmósfera de deificación. Incluso el partido es "creación personal suya". Todo en él es "grandioso". Una vez reducidos Liu y Deng, entre otros muchos, a la condición de chivos expiatorios, sólo Zhou Enlai sobrevive, leal hasta el fin a Mao: le tocará administrar lo que queda de una conmoción que desorganiza todo el aparato productivo y provoca cientos de miles de muertos.

"¡Llevad hasta el fin la gran revolución cultural proletaria!", ordenó Mao el 10 de agosto de 1966 a los Guardias Rojos reunidos en la plaza de Tiananmen. La consigna complementaria: "Deponed a las autoridades comprometidas en la vía capitalista", provocará una gigantesca caza de brujas, con incontables violencias y vejaciones que alcanzaron a los máximos dirigentes designados como desafectos –así los juicios críticos contra Liu y su esposa, Wang Guangmei, culpable de haber llevado vestidos burgueses "para ligar con Sukarno" en una visita de Estado a Indonesia–. Condenada como espía a favor de Estados Unidos, Japón y Chiang Kaishek, Guangmei pasó doce años en prisión. Otros muchos murieron entre las peores vejaciones.

Una vez desmantelado el Partido, y con él sus organizaciones de masas, por

la acción de unos Guardias Rojos a quienes Mao aseguraba el soporte del Ejército, llegó la necesidad de una rectificación, ante la generalización del caos en los meses centrales de 1967. Mao se inquieta y tocará al Ejército dar el golpe de timón que hace posible el regreso del orden, sin que por ello desaparezca la persecución de los revisionistas. En 1968, mientras el poder es ejercido por el jefe militar, mariscal Lin Biao, en nombre del *Gran Timonel,* con el pequeño *libro rojo* a modo de talismán revolucionario, Zhou garantiza la gestión… y miles de los protagonistas de ayer, los Guardias Rojos, son deportados hasta los confines del país. Desde abril de 1969 a septiembre de 1971, el control militar y el culto a Mao fomentan la imagen de Lin Biao como sucesor. Su conspiración y muerte devuelven el poder íntegro a Mao, quien tendrá que reconocer que sólo puede gobernar apoyándose en lo que queda de partido comunista, y que incluso habrá que recuperar a los más capaces de los expulsados. La Revolución Cultural pasa a la historia. Se abre la "larga marcha" del renacido comunismo pragmático, personalizado en Deng Xiaoping –Liu ha muerto en prisión–, para reemprender el camino interrumpido en 1965.

Tras la generalización del caos en 1967, Mao cambia de rumbo y miles de jóvenes Guardias son condenados a deportación

Mao y su segundo, Lin Biao, en el 21 aniversario de la proclamación de la República Popular.

El jugador de bridge

En septiembre de 1967, *Gongnongbing zengkan*, revista de los Guardias Rojos de la capital, presenta la biografía de Deng Xiaoping, el hombre a destruir por su "oportunismo, gran ambición, revisionismo y actitud contrarrevolucionaria". Nacido en 1904, sus orígenes denunciaban ya el camino de la traición. Era hijo de un hacendado en la región de Sichuan "cruel y despótico", con cuatro mujeres, jefe de una poderosa sociedad secreta y de la milicia de los propietarios. Durante su estancia como estudiante y trabajador en Francia, a fines de 1920, "consigue infiltrarse en el Partido Comunista Chino" en 1925 (realmente, 1924). Su carrera en el partido comunista habría sido una sucesión de traiciones, posible por su habilidad para el doble juego. Y dos eran también los juegos en que empleaba su tiempo de ocio: el mahjong y el bridge.

El eclipse de Deng

Una vez fracasado el intento de sobrevivir políticamente, organizando los "grupos de trabajo" encargados tanto de movilizar como de controlar, la cuesta abajo culminó en octubre de 1966 con una extravagante autocrítica como "intelectual pequeño burgués", incapaz de comprender la grandeza de Mao. Desaparecido de la escena a partir de diciembre 1966 y convicto de haber ejercido "una dictadura burguesa", por lo menos se libró de la suerte de morir como Liu, encerrado como un perro.

La muerte de Lin Biao en 1971 marcó el inicio de su lento regreso, primero del destierro en febrero de 1973, luego a las responsabilidades políticas en el seno del Comité Central, y pronto al Politburó y a las responsabilidades en política exterior.

Al llegar la década de 1960, Deng se convirtió para sus acusadores en un defensor encubierto del revisionismo de Kruschov, proponiendo en 1964 una política exterior basada en "las tres coexistencias" –con los imperialistas, los reaccionarios y los "revisionistas modernos"– y en una reducción de la ayuda a los movimientos revolucionarios. La ideología revolucionaria no contaba, de acuerdo con su expresión favorita: "Poco importa que el gato sea blanco o negro, con tal de que cace ratones".

"¡Hay que atacarle hasta que caiga –proponían los Guardias Rojos–, hasta que se hunda, hasta que se pudra!".

Durante la campaña de las Cien Flores, Deng había dado pruebas de su cautela, oponiéndose abiertamente a la arriesgada promesa formulada por Mao de "una gran democracia": las experiencias de Polonia y de Hungría en 1956 desaconsejaban tanta apertura. En ese mismo año, fue nombrado secretario general del PC chino, criticando la burocracia y defendiendo "la cooperación con los partidos democráticos y con las personalidades sin partido".

Asociado sin remedio a Mao durante el *Gran Salto Adelante,* proceso de ruptura con Moscú incluido, Deng pasa a primer plano desde fines de 1961, impulsando una rectificación que relanza el crecimiento económico tras la catástrofe sobre la base de dar marcha atrás de la colectivización, lo que en julio de 1962 provoca el primer choque con Mao, para quien todo se resolvería con los valores socialistas. El eficaz control del partido, apoyado por el presidente Liu Shaoqi, cayó bajo la amenaza de Mao desde que en enero de 1965 denunciara "el reino independiente" de Deng.

Representación propagandística de los jóvenes Guardias Rojos, que fueron utilizados por Mao y desarticulados cuando no los necesitó.

Deng es una pieza necesaria para la reconstrucción del partido impulsada por Zhou Enlai, entre septiembre de 1971 y agosto de 1973, pero el estigma de su condena durante la Revolución Cultural permanece, convirtiéndole en blanco de los ataques radicales cuando desde enero de 1974 la enfermedad de Zhou le convierte en responsable de la gestión del Estado. La izquierdista esposa de Mao, Jiang Qing, le acusa de revisionista que intenta restaurar el capitalismo. Deng la interrumpe: "¿Qué comen los campesinos de Sichuan?". En el hueco entre ambos se introduce el comunismo oficial de Hua Guofeng, con la bandera de lealtad a Mao que lleva a éste a otorgarle la primacía en la sucesión: "Tú diriges los asuntos, yo estoy tranquilo", le dice.

En vísperas de la muerte de Mao, una vez fallecido Zhou Enlai, la lucha contra la radical *Banda de los Cuatro* le devolverá al vértice del poder, si bien sólo el fallecimiento del *Gran Timonel* en septiembre de 1976 le salva de nuevos riesgos de caída definitiva. Hua había tomado el relevo de Mao denunciando "el viento revisionista de derecha", esto es a Deng. Pero a quienes se vio forzado a detener es a los conspiradores radicales de la *Banda de los Cuatro.*

El modernizador

El nuevo eclipse de Deng acabó en julio de 1977, cuando en el XI Congreso del PCCh retomó el propósito de Zhou Enlai: "Hacer de nuestro país, antes del fin de siglo, un gran Estado socialista y moderno". Como viceprimer ministro, vuelve a ser el hombre que controla la política del partido y del Estado, si bien tiene aún frente a sí al maniobrero Hua, primer ministro, que en nombre del centrismo no abandona las concesiones al voluntarismo de Mao. Por su parte, Deng estaba dispuesto a acabar de una vez por todas con la herencia de la Revolución Cultural.

En marzo de 1978, Deng explicó que el programa de las "cuatro modernizaciones" (industria, agricultura, ciencia y tecnología, defensa nacional), recuperado por Zhou en 1975 tras su primera exposición en 1965, el gran viraje en la política económica del país, debía apoyarse en el férreo control de la sociedad china por el partido comunista. Son los "cuatro principios": mantener el socialismo, la dictadura del proletariado, el liderazgo

Cartel, de octubre de 1976, contra la Banda de los Cuatro, los dirigentes atacados por Hua tras la muerte de Mao.

del PCCh y, como base, nada menos que "el marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong". La vía comunista *made in Deng Xiaping* a la modernización capitalista se encontraba lista para ser puesta en marcha.

Partida de ajedrez

Quedaba por resolver la pugna con el continuismo de Hua, con su promesa de un crecimiento acelerado a corto plazo.

Por parte de Deng, fue la hábil partida de ajedrez de un jugador que toma el tablero en posición de inferioridad. Juega con la prensa, sus partidarios y los economistas para desacreditar el programa de Hua. Mediante las rehabilitaciones de víctimas de la Revolución Cultural, zapa indirectamente el prestigio de Mao y descalifica todo voluntarismo. Cercena, de paso, todo intento de lanzar una "quinta modernización", la democrática, no sin buscar apoyo en el movimiento democrático frente a la corriente tradicional.

En diciembre de 1978, su línea vence en el Comité Central a la de Hua, que entre 1980 y 1981 pierde uno tras otro todos sus cargos. La Revolución Cultural es condenada y se abre una nueva etapa en la historia de China, capitaneada por un hombre casi octogenario que acaba gobernando en virtud de su autoridad, ya que él mismo se marginará de todo puesto en el Estado –"una dictadura democrática popular"– y en el partido. La prensa recordaba con sentido del humor que aún conservaba una presidencia: la de la Federación de bridge.

El retiro fue sólo una ficción, ya que apenas autoexcluido en 1987 del Comité Central, éste le confirmó en su posición de "líder superior" del partido y del Estado y, en calidad de tal, se empleó a fondo, a fines de los ochenta, contra el movimiento estudiantil –"indispensable recurrir a los métodos de la dictadura"–, moderando luego la represión, y en octubre de 1992, al plantear el desarrollo por encima de cualquier ideología de "la economía de mercado socialista". El éxito de Hong Kong imponía su ley. Es un doble grito nunca pronunciado: "¡El comunismo ha muerto! ¡Viva el Partido Comunista Chino!".

El gato cazador

Una vez comprobado el fracaso del propósito de Mao, consistente en crear bajo su dirección carismática una sociedad igualitaria, en permanente estado de movilización, la corriente pragmática del PCCh, encabezada por Deng Xiaoping, intentó utilizar los recursos de un poder dictatorial para mejorar el nivel de vida del pueblo chino y modernizar las instituciones y los usos de la sociedad. La tradición confuciana favorecía el éxito de esa reconversión autoritaria, con sus ideales de disciplina y eficacia.

En sentido contrario, la egolatría y la habilidad de Mao para la maniobra constituyeron obstáculos insalvables para el cambio hasta septiembre de 1976. Incluso entonces fue necesaria la experiencia de Deng para ganar la partida contra la mentalidad del comunismo tradicional dominante en el partido. La prolongada resistencia de Hua Guofeng fue un ejemplo de ello.

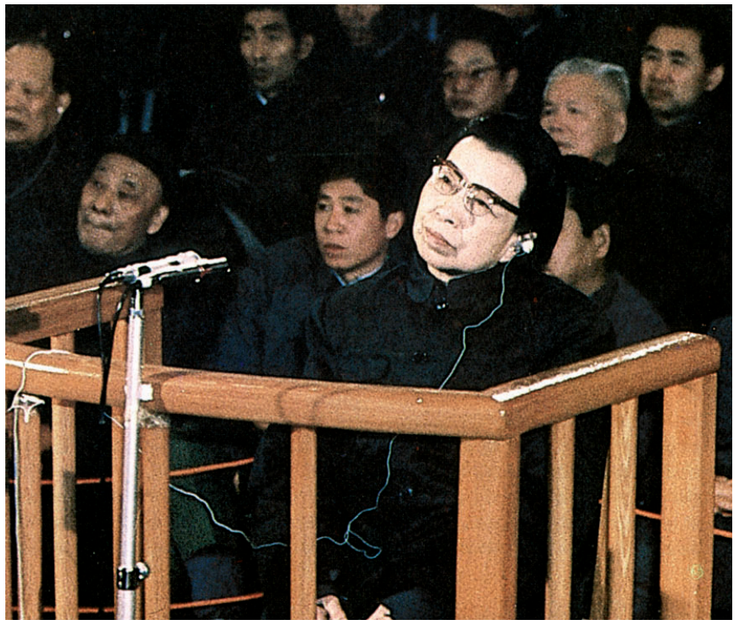
Además, tuvo que contar con un compañero de viaje no deseado: el espíritu de reforma dio alas a la movilización de la juventud por la democracia. Hizo falta la represión de los ocupantes de la plaza de Tiananmen por los carros de combate, en junio de 1989, para mantener la dictadura del partido a costa de centenares de muertos y miles de detenidos. Los jóvenes demócratas eran, a juicio de Deng, "una suma de contrarrevolucionarios y de detritus sociales" que pretendían "instaurar una república burguesa totalmente entregada a Occidente".

Un nuevo fracaso económico de los "conservadores" devolvió pronto la iniciativa a Deng con su liberalización de las fuerzas productivas. El éxito zanjó el debate. A partir de 1992, el producto interior bruto comenzó a crecer por encima del 10 por 100 anual. Los nuevos mandarines rojos estaban sacando a China de su estancamiento secular, haciendo del gran país "la nueva superpotencia".

El cuerpo de Mao sigue hoy en su mausoleo, en calidad de dios fundador, "por sus inmortales contribuciones a la causa del pueblo", pero nadie se atreve a emitir un juicio positivo de sus "errores". En cambio, Deng es objeto de culto como personaje activo, *Zongshejishi,* "el gran arquitecto".

Ahora bien, ¿fueron Deng y los pragmáticos quienes forjaron el milagro chino? El libro de Kate Xiao Zhou, *El poder del pueblo*, sugiere que lo hicieron posible con su sensibilidad para atender a las demandas de cambio y a las transformaciones promovidas por los agricultores, desde que se vieron liberados de la camisa de fuerza de la Revolución Cultural. Fue la creatividad disciplinada del núcleo familiar contra la rigidez del partido. La autonomía impuesta por los agricultores habría impulsado la de trabajadores urbanos, intelectuales y cuadros del gobierno.

"Los agricultores venden cualquier cosa que tengan en sus manos", afirma el dicho popular y la débil estructura burocrática en el campo favorecerá ese tránsito al mercado que las autoridades se limitarán a normativizar. Tuvo lugar una radical inversión de valores bajo la costra del poder comunista, según describe la autora citada: "El rápido cambio económico afecta a todos los aspectos de la vida rural. Ganar dinero es lo más importante en la China actual". ■



Jiang Qing, la viuda de Mao, uno de los elementos más radicales de la Banda de los Cuatro, en el banquillo de los acusados.

Deng Xiaoping, depurado primero y rehabilitado después, está hoy considerado como "el gran arquitecto" de la China moderna.

El feroz legado maoísta

Desde fines de los años cincuenta, el maoísmo consigue difundir una imagen positiva de sí mismo en calidad de revolución comunista auténtica. En vísperas del 68, esa atracción se ejerció con fuerza sobre las minorías comunistas radicales en Europa. Pero fue sobre todo en los proyectos revolucionarios de base agraria donde se impuso la receta maoísta. La novedad intelectual del lenguaje de Mao vino de perlas a unas minorías activas –en su mayoría, de jóvenes universitarios o maestros– legitimando su deseo de constituirse en vanguardias de movimientos campesinos que protagonizarían como en China el establecimiento de una nueva sociedad. Y cuando la mal llamada Revolución Cultural exigió la aniquilación de los sectores designados como contrarrevolucionarios por las masas, el maoísmo pasó a convertirse en escuela de violencia.

Los ejemplos más sanguinarios de ese trasvase prosperaron en Camboya y Perú. La lucha de los Jemeres Rojos en los años setenta, bajo la dirección de Pol Pot, el camarada Número Uno, reprodujo la fórmula maoísta del cerco progresivo de las milicias campesinas sobre las ciudades hasta vencer por estrangulamiento. Desde antes de la conquista de la capital, en 1975, la incidencia del budismo kármico y un sectarismo extremo habían vaciado de contenido fórmulas como "la reeducación". Sólo cabía el aniquilamiento para la población urbana, en el marco de una delirante política de desarrollo agrario que imitaba el *Gran Salto Adelante.* La violencia exacerbada hizo inevitable el genocidio y la depuración –también de origen chino– contra los cuadros del partido. ¿Cifras? Entre millón y medio y dos millones de víctimas.

Sin llegar al poder, el peruano Sendero Luminoso sembró la muerte en el centro del país a lo largo de los años ochenta, hasta la detención de su líder Abimael Guzmán, *el presidente Gonzalo,* en 1992. Más de 31.000 asesinados, a los que deberían sumarse las causadas por la represión militar. El principio de la "guerra popular agraria" se tiñó de sangre al aplicar los criterios punitivos contra toda clase de "contrarrevolucionarios", demócratas y otros líderes agrarios incluidos, según la pauta de la Revolución Cultural. El "marxismo-leninismo-maoísmo" traspasó el culto a la personalidad a Abimael Guzmán, un maestro como Pol Pot y, como él, rodeado de maestros.

Otro espacio maoísta se dio en Chiapas. Desde los años setenta, y con especial éxito a través del ejército zapatista del subcomandante Marcos entre 1983 y 1993, las minorías militantes de origen maoísta lograron infiltrase primero, y dominar después, el movimiento de organización campesina previamente ya radicalizado por los propagandistas de la Iglesia. De nuevo, la entrada en acción de los campesinos se proyecta sobre las ciudades o principales núcleos urbanos, en el famoso golpe de audacia de la Nochevieja de 1993-1994. Pareció entonces iniciarse una guerra con el Estado, pero la prudencia del presidente Salinas y del propio Marcos evitaron la catástrofe. Hasta hoy, las máximas maoístas se aplican a la gestión de una serie de comunas bajo el conocido lema de "Servir al pueblo", al que se añade el vistoso "Mandar obedeciendo".

La admiración por la revolución china resulta visible, también, en las declaraciones y en las iniciativas del Che Guevara. Su apología del voluntarismo frente a la racionalidad económica están directamente ligada al *Gran Salto* de Mao, lo mismo que la forma de los juicios contra los batistianos o las brigadas de trabajo voluntario. Pero la decisiva importancia de la conexión soviética impidió el trasplante del modelo chino al Caribe.

ANTONIO ELORZA

Prodigioso avance económico
y peligrosos desequilibrios

El renacer del DRAGÓN

Un ciclista pasa junto a un anuncio publicitario de maquillaje, en Pekín. **Una imagen de la nueva China** que contrasta con el férreo control del poder por el Partido Comunista, que lideraba Mao hace treinta años.

Con un crecimiento económico próximo al 10 por ciento durante el último cuarto de siglo, China se postula como el gran coloso del siglo XXI. **Felipe Sahagún** expone el extraordinario auge económico y los desequilibrios económicos, sociales y políticos que lo amenazan

La creciente influencia política, económica y militar de China en el mundo está teniendo unos efectos tan importantes o más en la sociedad internacional de comienzos del siglo XXI como la caída del muro de Berlín y el 11-S juntos.

Desde que comenzaron las reformas en 1978, China ha crecido, de media anual, un 9,4 por ciento. En el 78 todavía producía menos del 1 por ciento de la economía mundial y su comercio exterior era de 20.600 millones de dólares. Hoy produce el 4 por ciento de la economía mundial y su comercio exterior fue el año pasado de 851.000 millones de dólares, el tercero más importante del mundo. Ha atraído ya centenares de miles de millones de dólares en inversiones extranjeras y más de un billón de dólares en inversiones internas privadas. Hace doce años apenas conocía las telecomunicaciones móviles; hoy tiene más de 300 millones de teléfonos móviles, un récord mundial. En junio de 2004, unos cien millones de chinos ya tenían acceso a Internet.

La otra cara de la moneda es que, con 1.300 millones de habitantes, cualquier revés en su crecimiento se puede convertir en un conflicto insoluble. Todas sus cifras positivas, para valorarlas adecuadamente, hay que contrastarlas siempre con las de los demás y el resultado sigue siendo preocupante: su economía es aún una séptima parte de la estadounidense y una tercera parte de la japonesa; su renta por habitante sigue siendo la un país del Tercer Mundo, situado aproximadamente en el puesto número cien de la tabla de desarrollo; su impacto en la economía mundial, aunque creciente, es aún limitado; su agua potable es una cuarta parte de la media mundial y su tierra cultivable, un 40 por ciento. "Los ingresos medios de los campesinos chinos hoy son iguales –unos 2.000 yuan (250$)– que a comienzos de la década", advertía *The Economist* en octubre de 2006.

Medida en relación con la población, su producción de materias primas y de energía es muy importante, pero a todas luces insuficiente para mantener el crecimiento de los últimos veinte años. China produce el 8,3 por ciento del petróleo mundial, el 4,1 por ciento del gas natural, el 25,5 por ciento del cobre y el 9,7 por ciento del aluminio.

Hace veinte años China era el principal exportador de petróleo de Asia Oriental; hoy es el segundo importador mundial, después de los EE UU. El año pasado las importaciones chinas de petróleo representaron el 31 por ciento del aumento de la demanda mundial, sin duda la causa principal del elevado precio del barril de crudo. En sólo quince años el consumo chino de aluminio, cobre, níquel y hierro se ha triplicado, pasando del 7 por ciento del consumo mundial en 1990 al 15 por ciento en el año 2000, al 20 por ciento en 2006 y sigue subiendo.

Apertura al exterior

Su urgente necesidad de materias primas importadas ha dado un vuelco a su acción exterior. El año pasado, según el BBVA, invirtió 1.400 millones de dólares en América Latina. En 2000 estableció el Foro de Cooperación China-África para promover el comercio y las inversiones con 44 países del continente africano. En octubre de 2004 la petrolera china CPCC (China Petroleum and Chemical Corporation, más conocida por Sinopec) firmó un acuerdo con Irán por 70.000 millones de dólares, por el que China se compromete a explotar el yacimiento de Yadavaran y a comprar 250 millones de toneladas de gas natural licuado durante los próximos treinta años e Irán acuerda exportar a China 150.000 barriles diarios de petróleo, al precio.

No se trata sólo de la acción económica necesaria para asegurarse el suministro de las materias primas que necesita. Consciente de la importancia que tiene respaldar esa acción económica y comercial con una diplomacia mucho más activa, ha multiplicado su participación en operaciones internacionales de paz.

China ya es el decimotercer contribuyente de fuerzas de paz a la ONU. A finales de 2006 tenía 1.648 soldados y policías en diez países, la mayor parte de ellos africanos, como Congo, Liberia y Sudán. Mantenía policías antidisturbios en Haití y centenares de soldados en el Líbano. Está claro que un país empeñado en recuperar su papel histórico de gran potencia no podía mantener el autismo internacional que ha practicado, salvo para frenar reconocimientos de Taiwan por otros países, desde su ingreso en la ONU en 1971.

Felipe Sahagún es periodista y profesor de Relaciones Internacionales, Universidad Complutense, Madrid.

Limpiaventanas en un rascacielos de Shangai, cuyo crecimiento reciente ha sido extraordinario.

"En los siglos XIX y XX los habitantes de China, patriotas culturales y políticos, han vivido una humillante caída –pasando de una aparente superioridad a una inferioridad abyecta– y, tras fervientes, continuados y muy dolorosos esfuerzos para lograr la recuperación nacional, por fin parecen estar teniendo éxito", escribía en 1986, mirando sólo la cara positiva, John King Fairbank, el principal historiador de China en los EE UU.

En esos dos siglos sufrieron cinco guerras de agresión exterior (desde la del opio, entre 1839 y 1842, hasta la invasión japonesa, de 1937 a 1945). Aunque de creciente intensidad, fueron ataques superficiales –salvo el japonés– comparados con las cinco guerras civiles revolucionarias padecidas en ese tiempo: la fallida rebelión de Taiping (1850-1864), la revolución republicana de 1911, la revolución nacionalista de 1925-28 contra el imperialismo extranjero, la guerra civil entre los comunistas y el Kuomintang desde 1945 a 1949, y los diez años de la Revolución Cultural de Mao (1966-1976), clímax, en palabras de Fairbank, "tanto del sueño revolucionario como de un desastre nacional autoprovocado".

Modernizaciones frustradas

Desde esta perspectiva histórica, las reformas impulsadas por Deng Xiaoping desde 1978 y continuadas por sus sucesores hasta hoy (Jiang Zemin y Hu Jintao) pueden considerarse intentos o modelos de modernización diferentes dentro de una revolución de dos siglos, con grandes altibajos y ciclos de gran violencia, para romper, sin renunciar al pasado y sin dejar de ser imperio, con todos los elementos que lastraban su recuperación como superpotencia.

De acuerdo con el profesor Li Hongtu, de la East Chinese Normal University de Shangai, la modernización de China que asombra al mundo desde hace veintisiete años sería el cuarto modelo que sus dirigentes intentan poner en práctica desde la humillante derrota ante los británicos a mediados del XIX.

El primero, introducido por la dinastía Qing para salvar al imperio de la ocupación occidental, consistió en copiar sin éxito la industrialización británica llenando China de fábricas sin tocar el sistema dinástico federal. Cuando la Armada china fue derrotada por Japón en la guerra de 1894-95, la primera modernización, exclusivamente económica, y la dinastía que la impulsó quedaron desautorizadas, y un nuevo régimen, el kuomintang, puso en marcha reformas políticas y económicas radicales siguiendo el modelo capitalista occidental.

Gracias a esta segunda modernización, China disfrutó, de 1912 a 1937, de una época dorada, pero la invasión japonesa cortó bruscamente el proceso y, después de tres años de guerra civil, a partir de 1949, los comunistas impusieron un nuevo modelo basado en la planificación central y en el modelo soviético de desarrollo. "Aprendamos de la Unión Soviética" y "Hoy la URSS, mañana China" se convirtieron en los eslóganes de más éxito en la República Popular hasta la ruptura de los dos colosos comunistas a comienzos de los años sesenta.

Los dogmas, el aislamiento, las comunas, el exceso de ideología, el *Gran Salto Adelante,* las purgas continuas, las guerras fratricidas y, finalmente, la desastrosa gran revolución cultural proletaria desde el 66 hundieron al país en el caos y en la miseria. Fallecido Mao, en 1976, Deng Xiaoping, una de las víctimas de la revolución, recupera el poder, pone fin al modelo de modernización soviética y, en diciembre de 1978, en el tercer pleno del XI Comité Central del Partido Comunista Chino, inicia la desmaoización con la nueva política de puertas abiertas.

Modelo capitalista

En 1979 comienza la descolectivización rural, se aprueba una primera reforma de las empresas estatales y, con sendas leyes de inversiones extranjeras y de zonas económicas especiales, Deng convence al mundo, sobre todo a los EE UU de la Administración Carter, de que ha empezado una nueva etapa de profundas reformas económicas, siguiendo por segunda vez en dos siglos el modelo capitalista sin renunciar al monopolio político del partido comunista.

Las reformas en la agricultura abastecieron el país y generaron un superávit para financiar las reformas industriales, "un logro revolucionario en un país de las dimensiones de China", en palabras de Juan Leña, ex embajador español en China. Deng eliminó a la *Banda de los Cuatro*, puso fin a los excesos de la Revolución Cultural, lanzó las llamadas Cuatro Modernizaciones, abolió las comunas, creó incentivos para la producción y sentó las bases para atraer tecnologías y capitales del exterior.

"Desde entonces, ha sido capaz de mantener un espectacular crecimiento económico, con una tasa media anual de un 10 por 100 que le ha permitido cuadriplicar su nivel de renta per cápita", escribe Enrique Fanjul, uno de los principales expertos españoles en la China actual. "Se ha dicho, y creo que con razón, que el cambio económico que se está registrando en China es la mayor revolución económica de la Historia, en el sentido de que nunca ha habido un colectivo tan grande de población que haya mejorado de forma tan intensa sus condiciones materiales de vida en un período de tiempo tan corto".

Cualquier viajero es testigo de ese cambio. "Cuando fui por primera vez a Pekín, en marzo de 1974, el avión aterrizó entre hangares militares – escribe Jean-Luc Domenach en su brillante análisis del presente y futuro de China–. Nuestro grupo, compuesto a partes iguales por periodistas camuflados y turistas ideológicos, fue conducido a un sombrío hotel con pesadas colgaduras soviéticas cuyos pasillos apestaban a orina... Las callejuelas del viejo Pekín, los famosos *butongs*, no eran interrumpidas más que por fábricas enmohecidas y edificios de mando todavía nuevos y ya envejecidos. Un coche causaba sensación. Una noche me encontré cara a cara con un camello. ¡Pekín,

Un joven de 19 años paró una columna de tanques en Pekín en junio de 1989. Probablemente fue ejecutado en secreto poco después.

Entre la desigualdad y la esperanza

Casi todos los analistas políticos coinciden en que el talón de Aquiles de la China moderna lo forman las grandes desigualdades que se están creando en el seno de la sociedad. Una brecha que, según aseguraba Frédéric Bobin en una serie de artículos dedicados al país asiático en el prestigioso diario francés *Le Monde,* "lanza al país entero a la precariedad". Las cifras muestran que una nación oficialmente socialista muestra unos extremos de desnivel en el reparto de la riqueza equiparables a los de los países más pobres de América Latina. El riesgo inevitable es que las protestas de los marginados por el crecimiento amenacen con desestabilizar el Régimen.

El Gobierno admite oficialmente que hay al menos 30 millones de pobres y en la última década más de 34 millones de agricultores han perdido sus tierras. Entretanto, el 8,6 por ciento de las familias acaparan el 60 por ciento del capital financiero, una disparidad superior a la que tiene lugar en América Latina.

Otros observadores son menos pesimistas. Michael Elliott, en el semanario estadounidense *Time*, destaca que la mayor pesadilla de los chinos es la vuelta al caos, el *luan*, que el país ha vivido repetidas veces en los dos últimos siglos, sea por invasiones extranjeras, guerras civiles o aventuras suicidas como el *Gran Salto Adelante* y la Revolución Cultural. La percepción de que en la actualidad existe orden y esperanza de una vida mejor frenaría, según esta hipótesis, el peligro de desestabilización. Los últimos años de Historia en China, desde la matanza de Tiananmen en 1989, han sido los más estables políticamente que ha conocido el país desde que los buques británicos impusieran a cañonazos la apertura al comercio internacional.

Activistas contra el SIDA muestran una pancarta en una manifestación, en la Gran Muralla, pidiendo ayuda para frenar la pandemia,

ciudad de caravanas! En el campo, grupos de campesinos marchaban en fila, mientras la radio del pueblo berreaba las consignas del día".

Un cuarto de siglo después, "como tantos otros, regresaba y describía un mundo completamente nuevo: el aeropuerto ultramoderno, gente bien vestida, pocos uniformes, taxis por oleadas, carreteras de dos carriles, grandes edificios y rascacielos que se extienden hacia el extrarradio, autovías radiales que enlazan con industriosas metrópolis atravesando campiñas en las que se han multiplicado las casas nuevas, restaurantes por todas partes, loterías cada vez más numerosas...".

¿El siglo de China?

Habiendo vivido en China a finales de los ochenta como consejero comercial de la Embajada española, veinte años después Fanjul hacía un balance a medio camino entre los optimistas, convencidos de que el siglo XXI será el siglo de China, y los catastrofistas que, abrumados por la Historia y obsesionados por los indudables riesgos y factores de inestabilidad presentes y previsibles en la transición iniciada, auguran a la nueva China un final igual o más traumático que el de la URSS.

Los catastrofistas, entre los que se encuentra Nicholas Kristof, columnista del *New York Times*, subrayan la ausencia de democracia, la persecución de los adversarios políticos, las enormes brechas entre el campo y la ciudad, la costa y el interior, el aumento anual previsto de su población en cuatro o cinco millones hasta 2050, la escasa fiabilidad de sus estadísticas, la ineficacia de sus dinosaurios estatales, la corrupción, la precariedad de su población flotante, su frágil sistema bancario y financiero, el fardo de modernizar las fuerzas armadas más numerosas del mundo, sus tendencias nacionalistas más agresivas, Tibet, la minoría musulmana separatista, sus tensiones históricas con Japón y la India, las crecientes desigualdades en la distribución de la renta...

A pesar de todas las dificultades, el *dragón dormido* del que habló Napoleón por fin ha despertado, pero sus efectos, lejos de ser destructivos para el planeta, están siendo bastante beneficiosos. Un vendaval de problemas, contradicciones, incertidumbres y tensiones amenazan este despertar, pero, tras un cuarto siglo largo de reformas, lo que Fairbank y Fanjul llaman revolución en la revolución, ni el mundo ha temblado, ni China ha estallado.

Todo lo contrario. A finales de 2006 el antiguo Reino del Medio ultimaba los preparativos para asombrar al mundo en los Juegos Olímpicos de 2008. China está invirtiendo unos 40.000 millones de dólares en proyectos relacionados con los Juegos. Se esperan unos 20.000 periodistas y el régimen ha querido, desde que consiguió la candidatura, convertir esta Olimpiada en el pórtico o carta de presentación de una nueva potencia mundial.

La imagen positiva que pretende proyectar se vería facilitada con gestos de reconciliación histórica hacia el Vaticano, el Dalai Lama o Taiwan, cambios en el Código Penal que pongan fin a miles de ejecuciones anuales de presos y una liberalización valiente de la legislación de prensa, pero no es probable que lo veamos.

Desequilibrios

Deng recibió un continente de casi 9,6 millones de kilómetros cuadrados, con unos 900 millones de habitantes e inversiones extranjeras cero: un pigmeo económico con una renta anual por habitante de 250 dólares, aislado del resto del mundo. Hoy, según el último informe global de la Unión Europea, alberga al 20 por ciento de la población mundial, produce el 5 por ciento de su riqueza, consume el 12 por ciento de la energía primaria del planeta, dispone de unas reservas de divisas (dólares en su mayor parte) que rondan ya el billón (con b) de dólares, es el segundo receptor mundial de inversiones directas (casi 700.000 millones de dólares en 2004) y su comercio se acerca a la escalofriante cifra de 1,4 billones de dólares anuales, el 7 por ciento del total mundial.

Con tantos habitantes, su renta per cápita apenas supera los 1.500 dólares, de modo que cualquier comparación con EE UU, Japón o Europa debe colocarse en el contexto de un país en desarrollo con enormes retos todavía por superar antes de igualarse, de verdad, a los países más avanzados.

Por sus dimensiones, China ya es, claramente, una potencia regional con un impacto global y un jugador decisivo en la nueva sociedad internacional. A este ritmo de crecimiento, en el horizonte de 2025-2030, según las principales extrapolaciones de las tendencias actuales, su población se aproximará a los 1.500 millones y su demanda de energía se disparará, creciendo un 150 por ciento la del petróleo, triplicándose la del gas y casi duplicándose la del carbón. "Para mantener esta expansión –se concluye en el informe de la UE– necesitará importaciones masivas de combustible y enormes inversiones en infraestructuras, que triplicarán su producto interior bruto (pib) en 2025, situándose en el segundo del mundo (tras el de los EE UU)".

Para entonces, la población en edad laboral será aún el 68,4 por ciento, pero dos decenios sometidos a la política del hijo único elevarán la edad media de los chinos de los 32,6 años en la actualidad a 39,5 años en 2025 y a 43 años en 2035. A partir de 2015, si no hay cambios bruscos, los mayores de 65 años –hoy el 7 por ciento– serán el 20 por ciento de la población, lo que multiplicará los costos sociales y, posiblemente, frenará el crecimiento económico. Es uno de sus principales talones de Aquiles.

Las crecientes desigualdades entre los niveles de vida en el campo y en la ciudad están acelerando, desde que comenzó la cuarta modernización, la emigración a las zonas urbanas. A este ritmo, en veinte años la población urbanizada, hoy el 41 por ciento, ascenderá al 57 por ciento (más de 800 millones) y el 85 por ciento de toda la población se concentrará en las regiones central y oriental, las más ricas del país.

El impresionante avance económico en China no ha ido acompañado de reformas políticas y no hay indicios de cambios

Los fantasmas de Beijin

El impresionante avance económico no ha ido acompañado de reformas políticas significativas y no hay indicios de cambios sustanciales a corto plazo. El presidente Hu Jintao parece decidido a consolidar su poder en el XVII Congreso del Partido Comunista desde su fundación, en 1921, convocado para el otoño de 2007. Aunque hasta 2013 no habrá nuevo congreso, el de 2007 se ve como el disparo de salida de la carrera para su sucesión.

Será, pues, el momento de hacer balance de sus primeros cinco años al frente de China y de los compromisos adquiridos en 2002 para mantener el milagro haciendo frente, al mismo tiempo, a los más de 400 millones de agricultores, desempleados y emigrantes a las ciudades sin vivienda, educación ni atención sanitaria dignas, sobreviviendo con un dólar diario. Como en cada congreso quinquenal, habrá una nueva renovación de líderes, pero que nadie espere reformas radicales como permitir que el mercado determine los tipos de interés o el valor de la moneda. Los dos fantasmas que más preocupan hoy a Beijin son el paro y la estabilidad social, y la apreciación de la moneda, como vienen pidiendo los EE UU y la UE desde hace años, podrían agravar esas dos amenazas.

"En enero de 2006 el pib chino superó por primera vez al de Gran Bretaña y Francia, convirtiendo a China en la cuarta economía mundial y en diciembre de 2005 superó a los EE UU en exportación de productos manufacturados", afirma Minxin Pei, director del Programa de China del Carnegie Endowment for International Peace.

Frente a la euforia desatada por estas y otras cifras igualmente positivas –el alto nivel de ahorro, la mano de obra barata,

Manifestante a favor de la independencia del Tíbet.

La Bolsa de Hong Kong, en el pasado noviembre.

Mao fue el protagonista simbólico del 50 Aniversario de la República Popular, celebrado en la plaza de Tiananmen, en Pekín, en 1999.

la ética del trabajo, el mercado potencial, la entrada de la gran banca internacional y de los principales fabricantes de automóviles–, Pei llama la atención sobre otros datos menos positivos.

Una mezcla peligrosa

Es impresionante, sin duda, el crecimiento económico de China desde 1979, pero no más de lo que crecieron antes Japón, Corea del Sur o Taiwan en plazos similares. El sistema bancario chino sigue siendo el más frágil de Asia y, en quiebras, impagos, préstamos fallidos o fianzas, cuesta al Estado el 30 por ciento del pib anual. Si se contempla la rentabilidad de los seis sectores económicos más importantes –desde el automovilístico al de las telecomunicaciones– entre 1999 y 2003 las empresas de la India dieron entre un 80 y un 200 por ciento más beneficios que las de China.

Las causas, en opinión de Pei, tienen mucho que ver con la naturaleza del régimen neoleninista que ha sucedido al maoísmo. Es un sistema que combina el gobierno de partido único y el control estatal de sectores económicos clave con reformas parciales de mercado y la integración gradual en la economía mundial. El igualitarismo y la lealtad de los trabajadores y campesinos predicados por el maoísmo han dejado paso a un sistema elitista, apoyado en los tecnócratas, los militares y la policía, que basa su legitimidad en los resultados económicos y depende, para conseguirlos, de una nueva clase social –profesionales y empresarios privados– y del capital extranjero: dos de las *bestias negras* del maoísmo.

MAO EN FECHAS

1920. Creación del Partido Comunista Chino.
1928. Chiang Kai-Shek, nombrado presidente de China.
1931. Japón ocupa Manchuria.
1933. Japón ocupa China, al norte de la Gran Muralla.
1934. Comienza la *Larga Marcha,* liderada por Mao.
1935. Acaba la *Larga Marcha.*
1937. Guerra entre China y Japón, que ocupa inmediatamente Pekín.
1939. Estalla la II Guerra Mundial.
1945. Termina la II Guerra Mundial. Japón se rinde.
1946. Empieza la guerra civil en China.
1947. EE UU renuncia a su papel de mediador entre comunistas y nacionalistas.
1949. Los comunistas ocupan rápidamente Pekín, Shangai y Chongquin. El 1 de octubre, proclaman la República Popular China, de la que Mao se convierte en presidente. Chiang Kai-Shek se refugia en Taiwan.
1950. Reforma agraria radical, en la que el 40 por ciento de la tierra cambia de manos. En octubre, China interviene en la Guerra de Corea y ocupa el Tíbet.
1954-57. Colectivización rural y expropiación urbana.
1956. Kruschov comienza la desestalinización. Revueltas en Polonia y Hungría.
1957. Campaña de las Cien Flores.
1958. *Gran Salto Adelante.*
1959. Revuelta en el Tíbet.
1960. Mao denuncia el revisionismo de la URSS.
1967. Mao lanza la Revolución Cultural.
1970. El Ejército pone fin a los excesos de los Guardias Rojos.
1971. Muere Lin Biao.
1972. Aproximación a EE UU tras la visita de Nixon a Pekín.
1976. Hua Guofeng se convierte en primer ministro y, tras la muerte de Mao en septiembre, ordena la detención y juicio de la *Banda de los Cuatro.*

El presidente chino, Hu Jintao, en primer plano, con los líderes de EE UU y Rusia, en noviembre.

Los catastrofistas, como Pei, están convencidos de que la mezcla de autoritarismo político y apertura económica genera males que destruirán el sistema. Los optimistas, como Domenach, creen, en cambio, que estamos ante "una transición política de larga duración... Las mutaciones no residen (o no todavía) en la forma institucional del régimen, sino allí donde se juega su futuro: en el cambio de la relación entre el poder y la población".

Su optimismo no es ciego. Reconoce sus puntos débiles, su fragilidad y su naturaleza tan desigual, en particular porque la capa dirigente "se ha coagulado ideológicamente integrando en su seno a las fuerzas más modernizadoras de la sociedad... (para) llevar a cabo una regulación social que refuerza el control del partido y más o menos compensa la escasa institucionalización del orden político y administrativo".

A pesar de ello, ve con claridad que la cuarta modernización excluye tanto el retorno al totalitarismo como la democratización al estilo occidental. Combina despotismo, autoritarismo, localismos, protestas populares, un balbuceante comienzo de participación popular y también una diferenciación del Estado. ¿Adónde llevan todos estos elementos que se mezclan en un mosaico en constante cambio?, se pregunta el chinólogo y antiguo director científico de Sciences Po. "Nadie lo sabe" –responde–. La transición china es a la vez triunfal, peligrosa y enigmática".

Los pesimistas, como Pei, ven el vaso medio vacío: el 30-40 por ciento del pib que sigue dependiendo directamente de los dinosaurios estatales (en la India no llega al 7 por ciento y en la mayor parte de Asia es de, aproximadamente, el 5 por ciento); el 56 por ciento de la industria que sigue controlada por el Estado, casi en todos los sectores estratégicos en régimen de monopolio; los más de 5 millones de funcionarios del partido (el 8 por ciento de sus miembros) en puestos ejecutivos en esas empresas, y el altísimo grado de corrupción, clientelismo, nepotismo e ineficacia que esa maraña de relaciones provoca. Su industria siderúrgica, por ejemplo, tiene un exceso de capacidad de más de 100 toneladas anuales y el 35 por ciento de las empresas estatales pierde dinero.

La corrupción alcanza proporciones endémicas. El número de casos denunciados y juzgados se ha multiplicado –de 1.386 en 1992 a 2.925 en 2002–, pero esas cifras son apenas la punta del iceberg. Según Pei, cada año fueron denunciados por corrupción unos 140.000 funcionarios en la década de los noventa, pero sólo llegaron a ser condenados en los tribunales el 5,6 por ciento. En 2004, de los 170.850 denunciados, sólo 4.915 (el 2,9 por ciento) fueron condenados. Es evidente que, junto a juicios sonados y campañas para la galería, subsiste un clima de enorme impunidad.

Tan grave o más que la corrupción en sí es lo que dicen los detenidos cuando son interrogados. En sus confesiones ante los jueces y ante la policía, cada vez son más lo que atribuyen sus errores o desviaciones a la pérdida de fe en el comunismo. No es fácil tener fe en un comunismo que, según Forbes, ha producido ya el número más elevado de multimillonarios del mundo en un solo país.

Tanto el Banco Mundial como el Gobierno chino reconocen que la desigualdad de ingresos ha aumentado al menos un 50 por ciento desde que Deng inició la transición a finales de los años setenta. Según un estudio reciente citado por Pei, el 1 por ciento de las familias controla ya el 60 por ciento de la riqueza del país (en los EE UU ese control lo tiene el 5 por ciento de los ciudadanos. ■

PARA SABER MÁS

Anuario Asia Pacífico 2005, editado por Casa Asia y Real Instituto Elcano.
Bustelo, P., "¿Se está desbocando el crecimiento económico?, *ARI*, núm. 97, Instituto Elcano, 2006.
_ "El auge de China: ¿Amenaza o ascenso pacífico?, *ARI*, núm. 135.
Domenach, J. L. *¿Adónde va China?*, Barcelona, Paidós, 2006.
Fishman, T. C., *China S.A.*, Barcelona, Debate, 2006.
Frèches, J., *Érase una vez en China, de la antigüedad al siglo XXI*, Madrid, Espasa, 2006.
Ríos, X. (ed.), *Política Exterior de China. La diplomacia de una potencia emergente*, Barcelona, Bellaterra, 2005.
Tamames, R., *El siglo de China. De Mao a primera potencia mundial*, Barcelona, Planeta, 2007.
@ www.realinstitutoelcano.org.